

la quinta cuando la visita del otro Bey, devastada como por un ciclón, decía en su dialecto humedeciendo febrilmente el lino de su rucá :

—¡Así mala peste se llevase á todos los beyes y á los que quieren serlo !

Llegó, por fin, el día, aquel día famoso de que hablan todavía hoy las gentes de aquellas tierras. ¡Oh! allá á las tres de la tarde, después de un almuerzo suntuoso presidido esta vez por la anciana madre ataviada con una cofia nueva, y al cual asistían, al lado de celebridades parisienses, prefectos, diputados, todos de uniforme, la espada en el cinto, alcaldes con la banda cruzada, reverendos con la cara afeitada, como una patena; cuando Jansoulet, de frac y corbata blanca, rodeado de sus convidados, apareció en el dintel y vió en aquel fondo espléndido de una naturaleza pomposa, por entre banderas, arcos, trofeos, aquel hormigüeo de cabezas, aquel colorinear de los trajes escalados por las vertientes, aglomerados en las revueltas de los caminos: aquí, agrupadas en canastilla sobre el césped, las mozas más guapas de Arlés, cuyas cabecitas mates surgían delicadamente de los encajes de sus pañoletas; más abajo la farándula de Barbantane con su cola de ocho tamborileros, á punto de marcha, cogidos de las manos, ondeando al aire las cintas, terciado el sombrero, la faja encarnada en la cintura; más abajo, en la sucesión de los terraplenes, los orfeones en línea, masa negra que remata en el colorín de las gorras de uniforme, con el abanderado al frente, grave, convencido, apretando los dientes, enarbolando su asta labrada; más abajo todavía, en una vasta plazoleta convertida en circo de combate, las manadas de toros negros trabados y los gauchos camarguenses en sus caballos de larga crin blanca, el lazo arrollado encima de la rodilla blandiendo su tridente; más allá, una masa de banderas, de cascos, de bayonetas que se extendía hasta el arco triunfal de ingreso; más allá, hasta perderse de vista, en la margen opuesta del Ródano sobre el cual dos compañías de pontoneros acababan de echar un puente de barcas para unir la estación con Saint-Romans, una multitud inmensa, poblaciones en masa descendiendo por las cuestas, amontonándose por la carretera de Giffas en torbellinos de gritos y de polvo, sentadas en el borde de las zanjas, encaramadas por los árboles,

hacinadas en las carretas, formidable calle viviente del cortejo; por cima de todo ello, un ancho sol blanco, difuso, cuyas flechas se posaban al capricho del viento ora en el cobre de un tamboril, ora en la punta de un tridente, ora en la franja de una bandera, y el Ródano, fogoso y libre, llevándose al mar el movedizo cuadro de aquella fiesta regia: ante tamaña maravilla, en la cual resplandecía todo el oro de sus arcas, el Nabab sintió un impulso de orgullo y de asombro.

—Qué hermoso... dijo palideciendo. Y detrás de él su madre, pálida también, pero con la palidez del espanto, murmuró:

—Es demasiado para un hombre... Parece que es Dios el que viene.

Este sentimiento de la anciana campesina católica era el que experimentaba confusamente toda aquella masa de gente hacinada por los caminos como en espera de una gigantesca procesión de Corpus, y á la cual el principe de Oriente que iba á visitar á un hijo del país recordaba las leyendas de los reyes Magos, la llegada de Gaspar el moro trayendo al Hijo del carpintero la mirra y la corona en forma de tiara.

En medio de las felicitaciones conmovidas de que Jansoulet era objeto, apareció de improviso triunfante y sudando Cardailhac, quien no se había dejado ver en toda la mañana.

—Si os lo decía yo que había pasta... ¿Qué tal?... ¿Marcha la cosa?... ¡Qué final de acto!... ¡Cuánto no darían nuestros parisienses por un estreno como éste!

Y bajando la voz para no ser oído por la madre que estaba allí cerca:

—¿Habéis visto nuestras arlesianas?... Fijaos bien... La primera, la que va al frente para presentar el ramo.

—¡Pues si es Amy Ferat!

—¡Qué diablo! ya podéis comprender, querido, que si el Bey echa su pañuelo á ese enjambre de buenas mozas es menester que haya una cuando menos para recogerlo... ¡Pobrecillas, no sabrían de qué se trataba!... Hay que pensar en todo... Todo está en regla, como en la escena. Á la derecha una puerta, á la izquierda jardín.

Y para dar una idea de lo perfecto de la organización, el director levantó el bastón; al momento, la señal circuló de arriba á bajo del parque, y rompieron á la vez en unísono orfeones, bandas, tamboriles, en el ritmo majestuoso del canto

popular meridional: *Salve, oh sol de Provença*. Las voces, el estrépito del cobre se remontaban por el aire, hinchando los oriflamas, agitando la farándula que comenzaba á ondular, á tejer sus primeras trenzas, mientras del lado opuesto del río surgía un rumor como de brisa, el temor sin duda de que el Bey hubiese llegado súbitamente por otra dirección. Segunda seña del director, y la inmensa orquesta enmudeció, esta vez más lentamente, con retardos, con cohetes de notas que se perdían en el follaje; pero no cabía pedir más á una comparsa de tres mil personas.

En aquel instante avanzaban los coches, las carretelas de gala que habían servido para las fiestas del difunto Bey, dos grandes carros oro y rosa á la moda de Túnez, que la mamá Jansoulet había cuidado como reliquias, y que salían de la cochería con sus cajas pintadas, sus almohadillados y sus flecos de oro tan flamantes, tan nuevos como el primer día. Hasta en ellas había desplegado Cardailhac su ingenio estético, enganchando á las bridas blancas, en vez de caballos, un poco pesados para aquella fragilidad de aspecto y de pinturas, ocho mulas encaperuzadas de lazos, de cintas, de sonajeros de plata, y cubiertas de piés á cabeza con esa maravillosa espartería cuyo arte primoroso parece que haya arrancado á los moros la Provença para llevarlo á la perfección. Si el Bey no estaba contento, ya podía irse con la música á otra parte.

El Nabab, Monpavon, el prefecto, uno de los generales, ocuparon para la ida la primera carretela, los demás se repartieron por la segunda y por los restantes carruajes del séquito. Curas, alcaldes, achispados todos por el gaudeamus previo, corrieron á ponerse al frente de los orfeones de sus respectivas parroquias, que debían preceder á la comitiva; y todo ello se puso en movimiento por el camino de Giffas.

El tiempo era magnífico, aunque pesado y bochornoso, tiempo anticipado de tres meses con respecto á la estación, como acontece á menudo en aquellos países impetuosos en que todo se precipita, todo llega antes de la hora. Aunque no se divisaba la más leve nubecilla, la inmovilidad de la atmósfera en que el viento había caído en seco, como vela que se amaina, el espacio relumbrante, calentado hasta el blanco, la muda solemnidad que se cernía por encima de la naturaleza, todo presagiaba una tormenta que se estaría fraguando en al-

gún rincón del horizonte. Poco á poco la inmensa torpeza de las cosas invadía los seres. No se oía sino el campanileo de las mulas sonando á paso corto, la marcha pesada y á compás por el crujiente polvo de las bandas de coristas que Cardailhac iba colocando de trecho en trecho, y de vez en cuando, en la doble hilera que se rebullía á lo largo de la carretera á lo lejos desvanecida, un nombre, voces de chiquillos, gritos de revendedores de agua fresca, acompañamiento obligado de todas las fiestas del Mediodía al aire libre.

—Pero, general, abrid la ventanilla, nos ahogamos, decía Monpavon, encendido, temiendo por su colorette; y los cristales corridos dejaban ver al pobre pueblo aquellos altos funcionarios, enjugando la faz augusta, congestionada, angustiada por idéntica expresión de espera, espera del Bey, de la tempestad, espera, en una palabra, de algo.

Nuevo arco de triunfo. Era Giffas con su dilatada calle gujarrosa henchida de palmas verdes, sus vetustos casuchones tapizados de flores y de colgaduras. Fuera de la villa, la estación, blanca y cuadrada, puesta, á manera de dado, al pié de la vía, verdadero tipo de la pequeña estación rural en pleno viñedo, con su única salita siempre desierta, ó todo lo más, muy de tarde en tarde, con alguna pobre viejecilla cargada de paquetes y aguardando, acurrucada en un rincón, durante dos ó tres horas.

En honor al Bey el insignificante edificio se había visto engalanado con banderas, con trofeos, adornado de alfombras, de divanes, y de un suntuoso bufete con refrescos y sus sorbetes á punto para la Alteza. Una vez allí, el Nabab, apeado de su carruaje, sintió disiparse la especie de malestar inquieto que también él, sin saber por qué, experimentaba hacía un momento. Prefectos, generales, diputados, trajes negros y casacas bordadas, aguardaban en el espacioso andén, formando grupos imponentes, solemnes, con esas bocas en redondo, ese contoneo, esos atiesamientos afectados del funcionario público que sabe que le miran. Y figuraos si habría narices aplastadas por fuera contra los vidrios para ver todos aquellos bordados jerárquicos, la pechera de Monpavon que se henchía y subía como soplillo de huevos en nieve, á Cardailhac jadeante, dando sus últimas órdenes, y la cara bonachona de Jansoulet, de su Jansoulet, cuyos ojos chis-

peantes entre las mejillas curtidas y mofletudas semejaban dos gruesos clavos de oro en el estampado de un guadamacil. De pronto, repiques eléctricos. El jefe de estación, de gran gala, se adelanta hacia la vía: «Señores, el tren está señalado. Dentro de ocho minutos estará aquí...» Estremecimiento general. Luégo un mismo impulso instintivo hizo sacar del bolsillo todos los relojes... Seis minutos... Entonces, en aquel silencio imponente, dijo uno: «Mirad por allí.» Á la derecha, por la parte de donde el tren iba á venir, dos grandes cerros cubiertos de viña formaban un embudo en el cual se hundía el camino, perdíase como tragado. En aquel momento, todo aquel fondo se mostraba negro de tinta, oscurecido por una nube enorme, barra sombría que cortaba á pico el azul del cielo, erizada de escarpaduras, de inmensos acantilados como de basalto por los cuales rebotaba una claridad completamente blanca con palideces de luna. Era un espectáculo imponente el que ofrecía, en la solemnidad de la vía desierta, sobre aquella línea silenciosa de rails en la cual se sentía que todo, hasta donde alcanzaba la vista, se preparaba para el paso de la Alteza, aquel acantilado aéreo que iba avanzando, proyectando por delante su sombra con ese juego de la perspectiva que imprimía á la nube una marcha lenta, majestuosa, y á su sombra la rapidez de un caballo al galope. «¡Qué tempestad va á descargar!...» Esta fué la idea que se les ocurrió á todos, pero no les quedó tiempo para comunicársela porque sonó un estridente silbido, y en el fondo del tenebroso embudo apareció el tren. Verdadero tren regio, rápido y corto, cubierto de banderas francesas y tunecinas, y cuya locomotora mugiente y humeante, con un enorme ramo de rosas en el pretal, parecía la dama de honor de una boda de Leviatanes.

Lanzada á toda carrera, iba acortando su marcha á medida que se acercaba. Los funcionarios se agruparon, poniéndose tiesos, arreglándose las espadas, componiéndose los alzacuellos, mientras Jansoulet se adelantaba hacia el tren por el borde de la vía, con una sonrisa obsequiosa en los labios, y la espaldas encorvadas á punto para el *Salem alek*. El convoy seguía caminando muy lentamente. Jansoulet creyó que iba á parar, y puso la mano en el pomo del vagón regio que relucía como oro en la lobreguez del cielo; pero el arranque

era sin duda todavía demasiado fuerte, el tren seguía avanzando, con el Nabab al estribo, haciendo esfuerzos para abrir la maldita portezuela que aguantaba firme, y señas al maquinista, con la otra mano, de que parase. El maquinista no obedecía. «Alto ya.» Pero no hacía alto. Impacientado, saltó al estribo alfombrado de terciopelo, y con su fogosidad un sí es no es impudente que gustaba tanto al Bey anterior, asomando su gruesa cabeza crespá á la portezuela:

—Estación de Saint-Romans, Alteza.

¿Os habéis fijado en esa especie de luz vaga que alumbraba los sueños, en esa atmósfera sin color y sin relieve en que todas las cosas toman el aspecto de fantasmas? Jansoulet se sintió súbitamente envuelto en ella, bañado, paralizado por ella. Quiso hablar, y las palabras no acudían á sus labios; sus manos flojas se agarraban con tan poca fuerza á su punto de apoyo que estuvo á pique de caer al suelo. ¿Qué era, pues, lo que había visto? Arrellanado en un diván que ocupaba el fondo del salón, descansando en el codo su simpática cabeza de tonos mates, de luenga barba negra y sedosa, el Bey, con su levitón oriental abrochado hasta el cuello, sin más adornos que el ancho cordón de la Legión de Honor cruzado en el pecho y la garzota de diamantes de su casquete, se abanicaba, impasible, con un pequeño abanico de esparto bordado con oro. Á su lado y en pié estaban dos edecanes con un ingeniero de la compañía. Al frente, en otro diván, en actitud respetuosa, pero privilegiada, como que eran los únicos que estaban sentados delante del Bey, entrambos amarillos, con sus largas patillas cayendo encima de la corbata blanca, dos buhos, gordo el uno y flaco el otro... Eran los Hemerlingue, padre é hijo, que habían reconquistado á la Alteza y le traían en triunfo á París... ¡Sueño horrible! Todas aquellas personas, á pesar de conocer de sobras á Jansoulet, le miraban friamente como si su rostro nada les recordase... Lívido hasta dar lástima, bañada en sudor la frente, Jansoulet balbuceó: «Pero, Alteza, ¿no os apeáis?...» Un relámpago lívido que descargó como un sablazo, seguido de un espantoso estampido de trueno, le cortó la palabra. Pero el relámpago que fulguró en los ojos del soberano le pareció más terrible todavía. Erguido, tendido el brazo, en voz un tanto gutural, como habituada á mascullar las duras sílabas árabes, pero en francés

muy correcto, el Bey le asestó estas palabras lentas y preparadas de antemano:

—Mercachifle, vuélvete á tu casa. El pié va á donde le lleva el corazón; el mío no irá nunca á casa del hombre que ha robado á mi país.

Jansoulet quiso decir algo. El Bey hizo una seña: «En marcha», y habiendo el ingeniero apretado un timbre eléctrico al cual contestó un silbido, el tren, que no había parado de andar aunque muy lentamente, tendió é hizo crujir sus músculos de hierro, y tomó la embestida á todo vapor, agitando sus banderas al viento de tempestad por entre torbellinos de negro humo y relámpagos siniestros.

Jansoulet, en pié en el andén, tambaleándose, ebrio, perdido, miraba cómo huía y desaparecía su fortuna, insensible á las gruesas gotas de lluvia que empezaban á caer encima de su cabeza descubierta. Luégo, cuando los demás corrieron á su encuentro abrumándole á preguntas: «¿Pues no se apea el Bey?» balbuceó algunas palabras incoherentes: «Intrigas de corte... Maquinación infame...» Y de pronto, enseñando los puños al tren ya desaparecido, inyectados en sangre los ojos, echando espumarajos de rabia, con rugido de fiera gritó:

—¡Canallas!...

—¡Buen tono, Jansoulet, buen tono!...

Fácil es adivinar quién era el que esto decía, y quién, pasando su brazo por debajo de el del Nabab, se esforzaba en ponerle tieso, en combarle el pecho al igual del suyo, le conducía á los carruajes en medio de la estupefacción de los uniformes bordados, y le metía en uno de ellos, anonadado, estupefacto, como un pariente de difunto al cual izan en un coche de luto terminada la lúgubre ceremonia. La lluvia comenzaba á espesarse, menudeaban los truenos. Todo el mundo se lanzó á los carruajes los cuales emprendieron á galope el camino de regreso. Entonces sucedió uno de esos lances lastimosos al par de cómicos, una de esas bromas crueles con que el cobarde destino se complace á veces en aplastar á sus víctimas. En la escasa luz poniente, en la creciente oscuridad de la tromba, el gentío apiñado en las cercanías de la estación se figuró ver á una Alteza entre tanto colorín, y así que las ruedas se pusieron en movimiento, una gritería formidable,

un inmenso clamoreo que latía hacía una hora en el fondo de toda aquella masa de pechos, estalló, subió, rodó, repercutió de cerro en cerro, prolongándose hasta el fondo del valle: «¡Viva el Bey!» Avisadas por esta seña, rompieron las primeras bandas, los coros respondieron á su vez, y difundíendose el ruido á medida que iba avanzando, desde Giffas á Saint-Romans el trayecto todo fué una oleada de gente, una no interrumpida gritería. En vano Cardailhac y todos los de la comitiva y el mismo Jansoulet se asomaban á las portezuelas, hacían señas desesperadas: «¡Basta!... ¡Basta!...» Sus gestos se perdían en el tumulto, en la oscuridad; y todo el mundo tomaba sus señas por estimulantes. Y por la Virgen que no necesitaban de estímulo alguno. Todos aquellos meridionales cuyo entusiasmo se venía calentando desde la mañana, exaltados por añadidura por el enervamiento de la prolongada espera y de la tempestad, exhalaban cuánto había en ellos de voz, de aliento, de entusiasmo estrepitoso, mezclando con el himno de Provenza el grito repetido siempre y que lo entrecortaba á modo de estribillo: «¡Viva el Bey!» La mayor parte no sabían á punto fijo qué cosa fuese un bey ni llegaban siquiera á imaginársele, y acentuaban de una manera extraordinaria aquel apelativo extraño cual si tuviese tres *b* y diez *y*. Pero no importaba, seguían exaltándose con él, levantaban las manos, agitaban los sombreros, se emocionaban con su propia mímica. Mujeres enternecidas se enjugaban los ojos; á lo mejor, de lo alto de un árbol partían gritos chillones de muchacho: «Mamá, mamá, ya le veo...» ¡Le veía!... Ello es que todos le veían: hoy mismo jurarían todos que le vieron.

Ante tamaño delirio, en la imposibilidad de imponer silencio y quietud á toda aquella masa, los de los carruajes no tuvieron más recurso que dejar hacer, correr los cristales y echar á escape para abreviar aquel terrible martirio. Lo que entonces pasó fué horroroso. Al ver que el séquito corría, toda la carretera se lanzó á galope con él. Al sordo redoblar de sus tamboriles, los farandulistas de Barbantane, cogidos de las manos, saltaban, yendo, viniendo—guirnalda humana—alrededor de las portezuelas. Los orfeones, rendidos de cantar á paso de carga, pero rugiendo siempre, arrastraban á los abanderados, bandera al hombro; y los buenos de los curas gruesos, encendidos, jadeantes, echando adelante la volu-

minosa panza que iba saltando á compás, tenían fuerza todavía para gritar al oído de las mulas con voz simpática y llena de efusión: «¡Viva nuestro buen Bey!...» Y á todo esto la lluvia, la lluvia que caía á cantaros, á cubas, destiñendo las carrozas rozadas, precipitando aún más la atropellada fuga, acabando de dar á aquel regreso triunfal el aspecto de una derrota, pero de una derrota cómica, mescolanza de cantos, de risas, de blasfemias, de empellones furiosos y de votos infernales, algo como la vuelta de una procesión sorprendida por la tempestad; setanas recogidas, sobrepellices en la cabeza, y el buen Dios metido á toda prisa bajo un portal. Un ruido sordo y apagado anunció al pobre Nabab, inmóvil y silencioso en un rincón del carruaje, que entraban en el puente de barcas. Acercábase el término del viaje. «¡Al fin,» dijo mirando por los cristales empañados las espumantes olas del Ródano cuya tempestad le parecía una calma después de la que acababa de atravesar. Pero en el extremo del puente, cuando llegó al pie del arco triunfal el primer carruaje, rompió un estallido de petardos, los tambores batieron marcha saludando la entrada del monarca en los dominios de su feudatario, y para colmo de ironía, entre las sombras del crepúsculo surgió de pronto de la cornisa de la quinta una gigantesca llamarada de gas que iluminó la azotea con letras de fuego por las cuales el viento y la lluvia hacían correr gruesas manchas de sombra, pero que mostraban aún en caracteres muy legibles: «Viv' L' YM' HMED.»

—He aquí el ramillete, dijo el infortunado Nabab sin poder contener una sonrisa, sonrisa bien amarga, bien lastimosa por cierto. Pero no; se equivocaba. El ramillete aguardaba en la puerta de la quinta; y fué Amy-Ferat quien acudió á presentárselo saliendo del grupo de arlesianas que guarecían bajo la marquesina la seda cambiante de sus faldas y el labrado terciopelo de las tocas, en espera de que llegase la primera carretela. Con el ramo de flores en la mano, modesta, bajos los ojos y la pantorrilla incitante, la linda actriz se lanzó á la portezuela en una actitud de acatamiento, casi arrodillada, que había estado ensayando ocho días. En lugar del Bey, apeóse Jansoulet, tieso, afectado, y pasó sin verla siquiera. Y como ella siguiese allí con su ramo en la mano y el aire imbécil de una figuranta en un cuadro de espectáculo abortado:

—Chica, quédate con tus flores, se ha frustrado el golpe, le dijo Cardailhac con el buen humor de un parisiense que sabe apachugar pronto con todo... El Bey no viene... Ha olvidado el pañuelo, y como para entenderse con las señoras necesita de él, ya ves...

Es de noche. Después de la inmensa marimorena del día, todo duerme en Saint-Romans. Continúa lloviendo á mares, y por el inmenso parque en el cual alzan confusas sus empapadas osamentas arcos y trofeos, oye el rugir de los torrentes que se despeñan por las rampas de piedra convertidas en cascadas. Todo gotea, todo chorrea. Un ruido, un formidable ruido de agua. Sólo en su alcoba suntuosa de cama señorial cubierta de damasco listado de púrpura, el Nabab vela todavía, va y viene á grandes pasos, rumiando ideas siniestras. No le preocupa la afrenta que acaba de recibir, ese ultraje público á la faz de treinta mil personas; no es tampoco la injuria sangrienta que el Bey le ha dirigido en presencia de sus mortales enemigos. No, ese meridional de sensaciones completamente físicas, rápidas como el tiro de un arma nueva, ha echado ya lejos de sí todo el veneno de su rencor. Demás de que los favoritos de los príncipes están preparados siempre por ejemplos célebres para esas desgracias ruidosas. Lo que le espanta es lo que vislumbra detrás de tamaña afrenta. Piensa que todos sus bienes radican allá abajo; casas, almacenes, navíos, en ese Oriente sin leyes, la tierra del capricho. Y pegando su frente abrasada á los cristales chorreantes, bañadas las espaldas en sudor, heladas las manos, hunde sus ojos extraviados en la noche tan oscura, tan cerrada como su propio destino.

De pronto un ruido de pasos, golpes precipitados en la puerta.

—¿Quién va?

—Señor, dice Noël entrando á medio vestir, un parte urgentísimo que un propio trae del telégrafo.

—¡Un parte!... ¿No hay bastante todavía?...

Toma el carpete azul y lo abre temblando. El dios, herido ya por dos veces, empieza á sentirse vulnerable, á perder el aplomo: conoce ya los temores, las debilidades nerviosas de

los demás mortales... Á ver la firma... Mora... ¿Es posible?...
¡El duque, el duque á él!... Sí, no hay duda... M...o...r...a...

Y arriba:

Popolasca ha muerto. Elecciones próximas en Córcega. Sois candidato oficial.

¡Diputado!... Era su salvación. Ya nada había que temer. Á un representante de la gran nación francesa no se le trata como á un mercachifle cualquiera...

Los Hemerlingue hundidos...

—¡Oh, duque, noble duque mío!

Estaba tan afectado que no podía firmar. Y de repente:

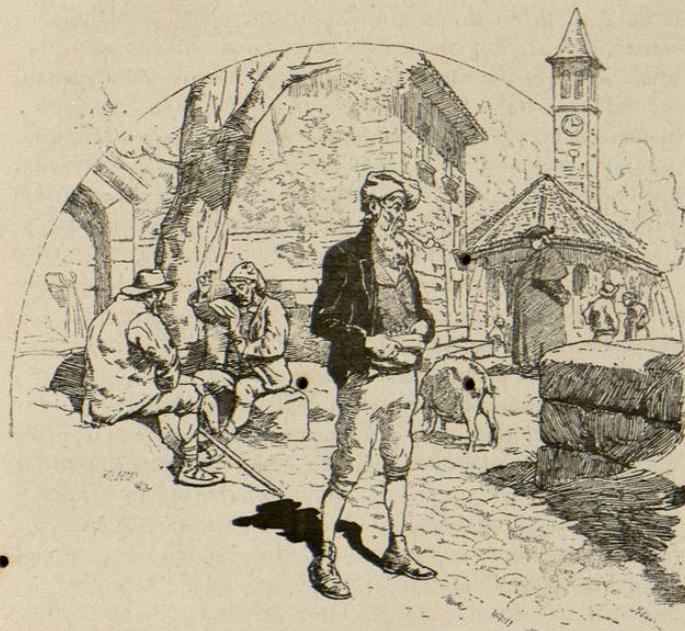
—¿Dónde está el que ha traído este despacho?

—Aquí, señor Jansoulet, respondió en el corredor una voz meridional y familiar.

El peatón estaba en suerte.

—Entra, dijo el Nabab.

Y entregándole el recibo, cogió á granel en sus bolsillos siempre repletos cuantas monedas de oro podían caber en sus dos manos, y las echó en la gorra del pobre diablo balbuciente, azorado, deslumbrado por la fortuna que le llovía en la oscuridad de aquel palacio encantado.



XII.

UNA ELECCIÓN CORSA.

Pozzonegro por Sartene.

«**P**OR fin puedo escribiros, mi querido señor Joyeuse. Los cinco días que llevamos en Córcega hemos corrido, hablado tanto, cambiado tan á menudo de vehículo, de montura, ora en mulo, ora en asno y aun á cuestas humanas para vadear los torrentes; hemos escrito tantas cartas, anotado tantas peticiones, visitado tantas escuelas, repartido tanta casulla, tanta sabanilla de altar, apuntalado tanto campanario al traste y fundado tanta sala de asilo; hemos inaugurado tanta cosa, hecho tanto brindis, consumido tanto arenque, vino de Talano y queso de leche, que ni un minuto he tenido